

El mayoral de la ganadería se pone a su lado, dispuesto a todo: —Señorita. Que ahora no la conoce; que el animal está enfurecido.

—Sí me conoce—replica Mercedes.—Ya verás...

Sólo hay ya la distancia de unos pasos. Mercedes grita: ¡Clavell!... ¡Quieto, Clavell! Ahora más cerca: Soy yo... ¡Pobrecito!... ¿Qué te han hecho? Sigue aproximándose, y el resoplar ardiente de la fiera le agita los cabellos.—¡Vamos! ¡Ven aca! La multitud ahoga un grito... El toro ha bajado la cabeza y comienza a andar hacia Mercedes. Se para de nuevo; la mira y vuelve a humillar la testa poderosa. Entonces la condesita, muy pálida, la mirada de sus pupilas verdes ardiendo en un fulgor de alucinada, da unos pasos más; alarga un brazo hasta tocar sus dedos enjorjados el testuz de la fiera... Y el toro no se mueve ya... La ha reconocido...

Mercedes lo acaricia; lo besa entre los ojos llorando... ¡Vamos, Clavell!... Soy yo... ¡Ven, Clavell!... Y el toro, dócilmente, empieza a marchar tras de su joven ama camino de los corrales, mientras el público llora y aplaude entre los acordes de un pasodoble.

III

(Mercedes y Enrique, sentados).

—Perdóname, Enrique.

—¡Perdonarte! ¿Y por qué?

—Por lo de ayer tarde... Luego lo he pensado. En realidad, fué un impulso de niña romántica. Ahora, hasta creo que hice el ridículo.

—Nunca es ridículo obedecer al corazón cuando el corazón manda algo noble, aunque los demás no lo entiendan así.

—Pero yo no quiero que tomes esa resolución. Tienes que volver a torear, ¿entiendes? Te lo suplico. Te lo mando... Si no, pensaré que no me quieres.

—Ya no tiene remedio. Acabo de rescindir todos los contratos pendientes. (Pausa). Quererte... Te quiero más que nunca y, desde ayer, de otro modo que hasta aquí; porque ayer he descubierto en tu alma algo que yo no podría sospechar siquiera... No insistas, Mercedes. (Pausa). Además, aunque quisiera, ya no sabré moverme ante los toros, porque cada vez que hundiese mi estoque en la carne de uno, me parecería que atraveso tu propio corazón... ¿Comprendes ahora?

—Sí. Quiero comprenderte, Enrique. (Le toma las manos y, estrechándose contra él, refugia la cabeza en su pecho).—Pero, ¿y tu porvenir?

—¡Mi porvenir! Me sobra capital.

—Tus sueños, tus ilusiones, tu gloria.

—Mi gloria eres tú, Mercedes... Soy médico, ¿no lo sabes? Ahí tienes un camino por donde puedo buscar la gloria; luchando con la muerte. Burlando la muerte al lado de un enfermo, como antes la burlaba en los ruedos. (Fijándose en una canastilla que hay cerca).—¿Y ésto, qué es?

—Para la cuestación de mañana pro tuberculosos. Ya sabes que es la fiesta de la Flor y soy en ella elemento importante.

Enrique se pone en pie. Saca un talonario de cheques y rellena una de sus hojas. La arranca del bloque y la deja sobre la canastilla, deteniendo, al mismo tiempo, a Mercedes, que se acerca, curiosa. —No tengas prisa. Ya la leerás... Es mi última corrida. (En seguida sale precipitadamente. Desde la puerta saluda sonriendo).—Espérame a comer.

Mercedes lee: «Banco de España. Cheque núm.... Páguese a la orden de la Delegación P. de la Cruz Roja la cantidad de ochenta mil pesetas»... La emoción no la deja continuar. A través de unas lágrimas lentas, silenciosas, la luz de las pupilas verdes de la gentil condesita es ahora apasionada y suave, teñida de la eterna melancolía del amor.

ELOY SORIANO. Pbro.

PARA ELLA

Si mi musa no alcanzara los honores
De verse en letras de oro publicada,
Que alcance, tan siquiera, la soñada,
Distinción de contar con tus favores.

Para tí pongo en ella mis amores,
La pasión encendida y delicada,
De decirte, de forma tan callada,
Que sin tí son más fuertes mis dolores.

Tú lo sabes, mi bien, tú lo conoces,
Tú adivinas mi claro pensamiento,
Tú sabes el secreto de mis goces

Y mitigas mi amargo sentimiento
Cuando llegan a mí los suaves roces,
Del mágico vibrar de tu contento.

CLAUDIO CASARES SANGUINO